

# FUNDAMENTOS PARA LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA HISTORIA DEL ARTE EN ESPAÑA

Gonzalo M. BORRÁS GUALIS

## El trabajo profesional del Historiador del Arte

Aunque estas Jornadas Nacionales del CEHA, que nos reúnen en Cádiz se han propuesto como objetivo "el debate en torno a la presencia de los historiadores del arte en los proyectos de conservación del patrimonio", una reflexión sobre este tema debe situarse en el contexto de la actividad profesional de los historiadores del arte en España, cuya compleja problemática encuentra una primera clave de lectura en la configuración misma de los estudios universitarios de Historia del Arte.

Como punto de partida para esta reflexión puede afirmarse que en líneas generales nuestros planes de estudio universitarios -tanto los todavía vigentes como los que se hallan aún en proceso de elaboración- no se han planteado hasta hoy la formación de profesionales, en parte debido al ensimismamiento general de la Universidad española en las últimas décadas y en parte debido a que la sociedad española, tanto en el sector público como el sector privado, se ha resistido a reconocer la actividad profesional de los historiadores del arte, cuyos estudios universitarios eran, por otro lado, bastante recientes.

Por fortuna se está detectando en nuestros días un discreto cambio de actitud en la sociedad, que obliga a la Universidad, siempre a remolque de aquélla, a replantearse en profundidad todos sus planes de estudio y entre ellos los de Historia del Arte. En efecto, cada vez se requiere con mayor frecuencia la actuación de los historiadores del arte por parte de las administraciones públicas y otro tanto comienza a

sucedir en el sector privado, tan poco dinámico en nuestro país.

Por ello nos encontramos en un momento crucial e inaplazable para fundamentar la profesionalización de la Historia del Arte y todos debemos felicitar a los organizadores de estas Jornadas Nacionales por su sensibilidad hacia un debate tan poco frecuente en los ámbitos universitarios.

## La docencia de la Historia del Arte en la Universidad como fundamento de la actividad docente en el bachillerato.

Parto en esta reflexión de una premisa, que supongo compartida por todos: los nuevos profesionales de la Historia del Arte no pueden ser, una vez más, autodidactas, puesto que, a pesar del extraordinario desarrollo de la docencia universitaria de Historia del Arte detectado en nuestro país desde la creación de las secciones de Historia de Arte en las Facultades de Filosofía y Letras o Geografía e Historia, según los casos, que ha dotado a la sociedad española de un considerable número de titulados universitarios en la materia, su incidencia en la defensa y promoción de la actividad profesional de historiadores del arte ha sido muy escasa.

En primer lugar el incremento de las titulaciones universitarias de Historia del Arte no ha tenido una lógica correspondencia en la que debiera haber sido la primera salida profesional: la actividad docente en el bachillerato y en el COU. Esto se ha debido a que la única titulación reconocida oficialmente para los cuerpos estatales de profesores de bachillerato es la de Geografía e Historia, en cuyos programas de oposi-

ción los contenidos de Historia del Arte constituyen una parte irrisoria. Por otro lado, la única asignatura con contenido específico de Historia del Arte se imparte en el Curso de Orientación Universitaria (COU), con carácter opcional. Esta situación lastra básicamente el mercado de trabajo docente para los historiadores del arte.

Por otra parte, la universidad española ha vivido en estas últimas décadas de espaldas a esta injusta situación de la docencia de Historia del Arte en las enseñanzas medias, ignorando que la mayor parte de los ciudadanos españoles no reciben otra formación artística que la adquirida en el bachillerato. A lo sumo algunos profesores universitarios, requeridos por empresas editoriales, han elaborado manuales de Historia del Arte para COU, en la mayoría de los cuales ni siquiera se ha atendido a los objetivos didácticos previstos en la legislación vigente. Un encuentro entre profesores universitarios, coordinadores de la asignatura de Historia del Arte en COU en los diferentes distritos, mantenido en Madrid, puso en evidencia la diversidad de enfoques y criterio sobre el tema, con su consiguiente incidencia sobre la docencia en el bachillerato.

Además, durante el curso 1982-1983, en mi primera etapa como coordinador de la asignatura de Historia del Arte de COU en el distrito universitario de Zaragoza, los resultados de una encuesta realizada sobre el profesorado que impartía la materia, en la que entre otros datos de interés se solicitaba la titulación universitaria, evidenciaban asimismo el escaso o nulo porcentaje de historiadores del arte, en su mayoría licenciados en Historia y Geografía, en el mejor de los casos. Hoy, quince años después, la situación ha mejorado bien poco y nuestros licenciados en Historia del Arte se han incorporado en mínima proporción a los cuerpos docentes del bachillerato.

Una de las responsabilidades más notorias de la universidad española ha sido la escasa proyección que han tenido sobre la enseñanza media la renovación de los estudios universitarios de Historia del Arte en los últimos años, entre otras causas porque la mayor parte de los profesores universitarios hemos vuelto la espalda a la problemática de la Didáctica de la Histo-

ria del Arte (tal vez el curso que dirijo sobre este tema en la Universidad de Verano de Teruel sea la excepción que confirma la regla), e incluso este tipo de actividad ha sido claramente menospreciada en aras de una labor investigadora, muy destacable, pero que no trasciende el ámbito de un reducido número de especialistas, y que carece de proyección docente en el bachillerato, a cuyas plazas de profesorado no han podido acceder las nuevas generaciones de historiadores del arte al no existir una titulación específica. La universidad española en los últimos años ha formado básicamente investigadores en Historia del Arte, en muy escasa medida docentes, y, en ninguna medida, profesionales.

La docencia universitaria de la Historia del Arte se ha limitado así a autoalimentarse, incrementando notablemente las plantillas de los cuerpos de catedráticos y profesores titulares de Universidad, pero no ha tenido su proyección natural sobre la docencia en la enseñanza media, de efecto multiplicador, como sucede en otras materias. En el socorrido símil antropomórfico ofrecemos una gran cabeza sin cuerpo ni extremidades.

Tampoco parece que esta lamentable situación vaya a mejorar con los nuevos planes de estudio para el bachillerato. La Historia del Arte como materia específica solamente está prevista en el bachillerato artístico y todo parece indicar que su docencia quedará básicamente asignada a los titulados universitarios de las Facultades de Bellas Artes. La Universidad no se ha planteado en esta coyuntura un debate, a mi juicio necesario, sobre la enseñanza de la Historia del Arte en el bachillerato, que al menos debía responder a dos cuestiones básicas: para qué enseñar Historia del Arte en el bachillerato, es decir, su finalidad educativa, y, en consecuencia, qué Historia del Arte debe enseñarse, es decir, sus contenidos específicos.

Tampoco se ha prestado especial atención a la docencia en las Escuelas de Artes (antiguas Escuelas de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos), donde sin embargo existe un cuerpo de titulación específica de profesores de Teoría e Historia del Arte, que en el año 1984 estaba integrado por 13 catedráticos y 55 profesores para todo el territorio nacional, nómina que en la actualidad ha

aumentado aproximadamente en un tercio (en torno a un centenar, de los que corresponden al territorio MEC 6 catedráticos y 39 profesores).

En conclusión, aquí radica el primer tendón de Aquiles de los estudios de Historia del Arte, y, a mi juicio la reivindicación básica a plantear ante el Ministerio de Educación: la necesidad de una enseñanza obligatoria de Historia del Arte (tema que por sí sólo constituiría otro gran debate interdisciplinar con los historiadores) y por otra tampoco se le concede acomodo como materia específica. Pero esta exigencia debe obligatoriamente ir precedida de la definición de la finalidad educativa de la Historia del Arte en la enseñanza media, y, en consecuencia, de la formulación de sus contenidos específicos. Y esta tarea debe encauzarse desde la Universidad.

### **La docencia de la Historia del Arte en la Universidad como fundamento de la actividad profesional.**

Paulatinamente, en estos últimos años, los historiadores del arte hemos ido abriendo, no sin dificultades, un tímido camino profesional tanto en el sector público como en el sector privado. Valorar el trabajo actual de los historiadores del arte en el sector público resulta tarea compleja, porque, una vez transferidas las competencias en patrimonio cultural desde la administración central a los gobiernos autónomos, la situación en las diferentes comunidades autónomas no es homogénea y los grados de participación profesional son muy distintos. Esta diversidad aumenta en el ámbito de las administraciones locales, tanto provinciales como municipales, que han desarrollado notablemente en los últimos años sus actividades culturales relacionadas con la protección del patrimonio.

No obstante, puede afirmarse que, como consecuencia de la labor investigadora desarrollada por la Universidad, hemos realizado y seguimos protagonizando una actividad casi exclusiva en la ingente tarea de inventario y catalogación del patrimonio histórico-artístico. No es ahora el momento de hacer balance de los Inventarios Artísticos de España, aunque alguien debería hacerlo, en particular su estado actual tras las transferencias a las comunidades autónomas. El trabajo de los Inventarios Artísticos

no está cerrado; en el momento actual las comunidades autónomas, en cumplimiento de la Ley de Patrimonio Histórico, están elaborando el inventario de bienes muebles de la iglesia católica en convenio con las diferentes Universidades. Si el Inventario y la Catalogación han sido definidos como el primer paso para la protección del patrimonio, puede afirmarse que en ese primer peldaño hemos pisado con decisión los historiadores del arte.

Pero a partir de ese paso inicial, nuestra presencia y participación en las diferentes actividades de defensa, protección e intervención sobre el patrimonio es mucho menor y siempre injustamente desproporcionada (particularmente en relación con la participación de los arquitectos y arqueólogos, por ejemplo), pudiendo calificarse de inversamente proporcional al crédito adquirido por el trabajo profesional desplegado en la realización de Inventarios Artísticos y Catálogos Monumentales.

Resulta difícil, por las razones señaladas, ofrecer estadísticas para el ámbito español. Sin embargo, la oposición del cuerpo estatal de Conservadores de Museos puede servirnos de muestra fiable: sobre 110 funcionarios en el momento actual, 63 son arqueólogos, 34 historiadores del arte, 7 antropólogos o etnólogos y 6 de otras procedencias profesionales. Es decir, cuando la mayor parte de los fondos de los museos españoles de titularidad pública son de Bellas Artes, los historiadores del arte, y ello aún tras el notable incremento de los últimos años, apenas hemos conseguido ocupar un tercio de la plantilla de los conservadores de Museos.

El Museo ha sido y sigue siendo el otro tendón de Aquiles o, si se prefiere, la otra asignatura pendiente de los historiadores del arte en España, y de nuevo aquí hay que aludir a la responsabilidad de la Universidad en esta tremenda laguna del ejercicio profesional. Si el conocimiento es el fundamento de la conservación del patrimonio, ¿de qué nos sirve tanta labor investigadora, alejados como estamos del trabajo de conservación del patrimonio?. La revista ARTIGRAMA, del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, consciente de esta problemática, dedica su nº 8, correspondiente a 1991, al análisis de la problemática de

los Museos en Aragón y a la reivindicación del trabajo del historiador del arte en los museos.

Otro dato puede resultar asimismo revelador de esta desproporción con la actividad profesional de los arqueólogos: el master Patrimonio Arqueológico-Artístico (sic), impartido en el curso académico 1991-1992, por la Universidad del País Vasco, contenía 15 temas de Arqueología frente a 10 de Historia del Arte, mientras que de los 27 alumnos matriculados, 24 eran de arqueología y tan sólo 3 de Historia del Arte.

Bien es cierto que el trabajo profesional, fijo o eventual, remunerado o no (la remuneración sería otro tema importante de reflexión) que los historiadores del arte estamos desarrollando en el momento actual en el ámbito de las diferentes administraciones públicas, podría calificarse, no obstante, de apreciable: vocalías en las comisiones provinciales o municipales de patrimonio, plazas de técnicos superiores de patrimonio, cargos de comisario o dirección de salas de exposiciones, dirección de escuelas-taller, guías artísticas, redacciones de inventarios y catálogos, informes histórico-artísticos, etc. Sin embargo, dista mucho de constituir una actividad profesional normalizada y reglada, ya que en la mayoría de los casos se debe a iniciativas políticas singulares o aisladas más que a una ordenación de plantilla de trabajo.

Solamente dispongo de información sobre plazas relacionadas con la titulación de Historiadores del Arte para las administraciones públicas de Aragón, aunque pienso que puede ser útil como muestra, a pesar de su reducido ámbito territorial. Así en la Diputación General de Aragón, la Dirección General del Patrimonio Cultural del Departamento de Cultura y Educación no cuenta con ninguna plaza de técnico superior asignada a historiadores del arte, existiendo una para Arqueología y otras dos asignadas a Archivos y Bibliotecas y Museos.

Contrasta con esta penosa situación la importante atención prestada por la Diputación General de Aragón al tema de los guías artísticos, en colaboración con el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Todos los veranos, durante los meses de julio y agosto, se dotan becas de un mes de duración (treinta y tres becas en el verano de 1992, que

permiten cubrir dieciséis localidades aragonesas); son becas destinadas a los Licenciados en Historia del Arte en la convocatoria de junio de cada año, quienes de este modo encuentran su primera oportunidad de iniciarse en un trabajo profesional que, en algunos casos, se complementa con la investigación sobre algún tema de la localidad a la que atienden como guías. Ni que decir tiene la importancia que concedemos a este quehacer profesional de los guías artísticos, cuyo ejercicio debería ser objeto de mayor atención por parte de los historiadores del arte y constituir un trabajo profesional sometido a estricta regulación.

Continuando con la información sobre administraciones locales, en la Diputación Provincial de Zaragoza existen tres plazas vinculadas con la Historia del Arte: una de Jefe del Servicio de Patrimonio, una de Director de Exposiciones (Sala Sástago) y una de Licenciado en Filosofía y Letras (especialidad en Historia del Arte). En el ayuntamiento de Zaragoza, por su parte, existe una plaza de técnico superior de Patrimonio Histórico-Artístico y otra de técnico superior de Patrimonio Mueble, en evidente desproporción con cinco plazas de técnico superior en Arqueología, y dos técnicos medios, uno de ellos en restauración; esta desproporción aumenta lógicamente en el caso de las plazas de arquitectos municipales (catorce).

Uno de los aspectos del trabajo profesional del historiador del arte en el sector público, tal vez el de más urgente regulación, es el de la participación, que estimamos debe ser preceptiva, tanto en la redacción de los proyectos o memorias de intervención en el patrimonio histórico-artístico como en su desarrollo y seguimiento de las fases de intervención, donde habitualmente el arquitecto-restaurador ha asumido en solitario toda la responsabilidad profesional, coayudado en bastantes ocasiones por el arqueólogo y casi nunca por el historiador del arte, en todo caso invitado de cortesía. El trabajo profesional del historiador del arte en la intervención de patrimonio ha sido, desde hace tiempo, suplantado por el arquitecto, e incluso, en época más reciente, por el arqueólogo.

No incidiré demasiado en este importante aspecto porque la revista ARTIGRAMA del

Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, ha dedicado en fecha reciente un número extraordinario monográfico a la restauración (nº 6-7-, año 1989-1990), defendiendo el papel del historiador del arte en la conservación y restauración de monumentos y obras artísticas y ofreciendo análisis reveladores de determinadas intervenciones en las que una participación preceptiva del historiador del arte hubiera, sin duda, evitado consecuencias irreparables.

En bastantes ocasiones se han remitido escritos institucionales a los gobiernos autónomos solicitando esta participación preceptiva, cuya regulación no puede demorarse por más tiempo, pero lo cierto es que hasta el momento actual nuestra presencia no responde en la mayoría de los casos a una exigencia legal sino a una cortesía o actitud responsable, quizás, de la institución que promueve la obra o del arquitecto que ha recibido el encargo.

No obstante tampoco en este terreno, en el que los historiadores del arte hemos ofrecido escasa versatilidad profesional al adoptar con rigor algunas tesis restauradoras de un conservacionismo a ultranza, nos hallamos exentos de responsabilidad ante la reticencia y suspicacia con que somos considerados por otros profesionales de la restauración y la rehabilitación.

También en el sector privado el ejercicio de la profesión de historiadores del arte está abriendo paulatinamente camino en nuestros días. Existen ya bastantes ejemplos de compañeros que se han asociado para constituir gabinetes de trabajo con sello empresarial, y con muy distinta finalidad de realización: montajes de exposiciones, restauración, expertizaje artístico, guías turísticos, inventarios artísticos, diapositivas comerciales, vídeo y audiovisuales, trabajo editorial, etc. La empresa ya no es un postulado utópico para los historiadores del arte desde que Sanz Vega crease una casa comercial de diapositivas en España.

De todas estas consideraciones sobre el trabajo profesional del historiador del arte en el sector público y en el privado, que a buen seguro, podrían ampliarse y desarrollarse, se desprenden dos conclusiones: la primera, el alejamiento de la docencia universitaria de la Histo-

ria del Arte respecto de la realidad profesional de los historiadores del arte en el momento actual; la segunda, el alejamiento del ejercicio profesional de los historiadores del arte respecto del amplio campo de trabajo profesional que falta todavía por cubrir en la sociedad actual. Un doble alejamiento que, sumado, distancia profundamente a la universidad española de la sociedad actual.

Es preciso poner fin a este doble distanciamiento. La distancia entre la docencia universitaria de la Historia del Arte y la realidad actual del trabajo profesional de los historiadores del arte solamente se salvará con un cambio radical de enfoques y contenidos en los nuevos planes de estudio. Con ello volveremos a la premisa de que la universidad, si quiere seguir existiendo, debe formar profesionales y para ello son necesarios unos planes de estudio adecuados. No voy a entrar en un tema -el de los planes de estudio-, cuyo desarrollo es responsabilidad en este momento, gracias a la autonomía dispensada por la ley, de cada universidad española. Pero ¡ay! de aquellas universidades que no tengan en cuenta en sus materias obligatorias toda la banda de contenidos y técnicas de trabajo profesional, aquí ya apuntados, que la sociedad actual exige de los historiadores del arte, porque en el futuro contemplarán resignadas el hundimiento de la matrícula de su alumnado.

La distancia entre el raquítico ejercicio de la profesión de historiadores del arte en este momento y el óptimo requerido por la sociedad actual exige la consolidación y el desarrollo de un ejercicio profesional, cuya defensa pasa necesariamente por el asociacionismo o la colegiación, tema que será objeto de la reflexión final de esta ponencia.

### **Opciones legales para la defensa de la profesión de historiadores del arte**

En este momento del discurso y para salvar cualquier parcial interpretación de la propuesta que mantengo, conviene introducir algunas consideraciones que permitan situarla éticamente. Por supuesto que esta propuesta esconde una claudicación ante la nueva era de pragmatismo científico-técnico, que pretende convertir a la universidad española en un mero centro de for-

mación profesional para ganarse la vida, ni tampoco encubre la defensa cerrada de los intereses corporativos de una profesión. No existe, por parte de los historiadores del arte, la más mínima renuncia a los valores utópicos de la universidad, entre los que se cuentan el humanismo, la crítica abierta y permanente del pensamiento, la creatividad, la defensa de la libertad y la solidaridad en la transmisión de la experiencia científica.

En una palabra, no tratamos de renunciar a la utopía, arrinconándola en el desván de la memoria, sino integrar la utopía en la realidad que nos toca vivir, una realidad abierta a múltiples posibilidades de acción. Intentemos, más bien, un descenso de la torre de marfil, una apuesta de compromiso con los problemas cotidianos, en nuestro caso la defensa de los bienes culturales a través de un ejercicio ético de la profesión que anteponga siempre la calidad a la cantidad. Es en este contexto en el que situamos nuestra propuesta de profesionalización.

Para instrumentar esta propuesta se abren ante nosotros dos opciones legales: la Asociación Profesional o el Colegio Oficial. Los pasos dados en este sentido por los arqueólogos, quienes, de un lado, han constituido una Asociación Profesional en el año 1984 (Estatutos publicados en el B.O.E. de 5 de enero de 1984), y, de otro, han impulsado la creación de Secciones de Arqueología en el seno de los Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias, con la mirada puesta en un futuro Colegio Oficial de Arqueólogos, pueden servirnos de reflexión para evitar una posible dispersión de esfuerzos. Debido a esta situación los arqueólogos deben abordar en el momento actual un complejo proceso de convergencia, no exento de dificultades. Nuestro lamentable desfase en la defensa profesional nos permite acumular la experiencia ajena en un proceso que está todavía por iniciar.

Para formalizar la Asociación Profesional habría que redactar un borrador de Estatutos, definiendo los fines de la misma, entre los que se contemplarían la defensa de la Historia del Arte como actividad profesional, el código ético de los historiadores del arte y el trabajo de los historiadores del arte en los mecanismos de protección del Patrimonio Histórico. Una vez elabo-

rados y aprobados los Estatutos, procedería su registro en el Ministerio de Trabajo y su correspondiente publicación en el B.O.E.

Pero ha de tenerse en cuenta que en el actual marco político de España, configurada como un Estado de Autonomías, y con las competencias en Patrimonio Cultural transferidas a los gobiernos autonómicos, una Asociación Profesional de ámbito estatal necesitaría estructurarse territorialmente de acuerdo con el mapa de las Autonomías, cuya dotación de infraestructura mínima podría convertirse en una empresa difícilmente alcanzable, atendida nuestra situación de penuria económica. Sin embargo, los actuales Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias responden a esa estructuración territorial y disponen ya de una infraestructura básica, en su seno se podrían constituir las Secciones de Historia del Arte, con la vista puesta en un futuro Colegio Oficial de Historiadores del Arte, pudiendo el CEHA entretanto asumir provisionalmente el papel coordinador en el ámbito estatal, deviniendo entonces necesaria la opción de una Asociación Profesional.

En todo caso la elección no es sencilla y debe ser analizada con sumo cuidado, debiendo primar el pragmatismo y la operatividad sobre la consideración práctica ya que de la decisión adoptada puede depender en buena medida el futuro profesional de los historiadores del arte en España.

Por supuesto, cualquiera que sea la fórmula legal -Asociación Profesional o Colegio Oficial- que se decida mayoritariamente, el objetivo a conseguir es el mismo: la configuración del trabajo docente y profesional de los historiadores del arte tanto en el sector público como en el sector privado, y, muy particularmente, la defensa de una docencia artística en el bachillerato y la defensa del trabajo profesional de los historiadores del arte en todas las actividades relacionadas con el Patrimonio.